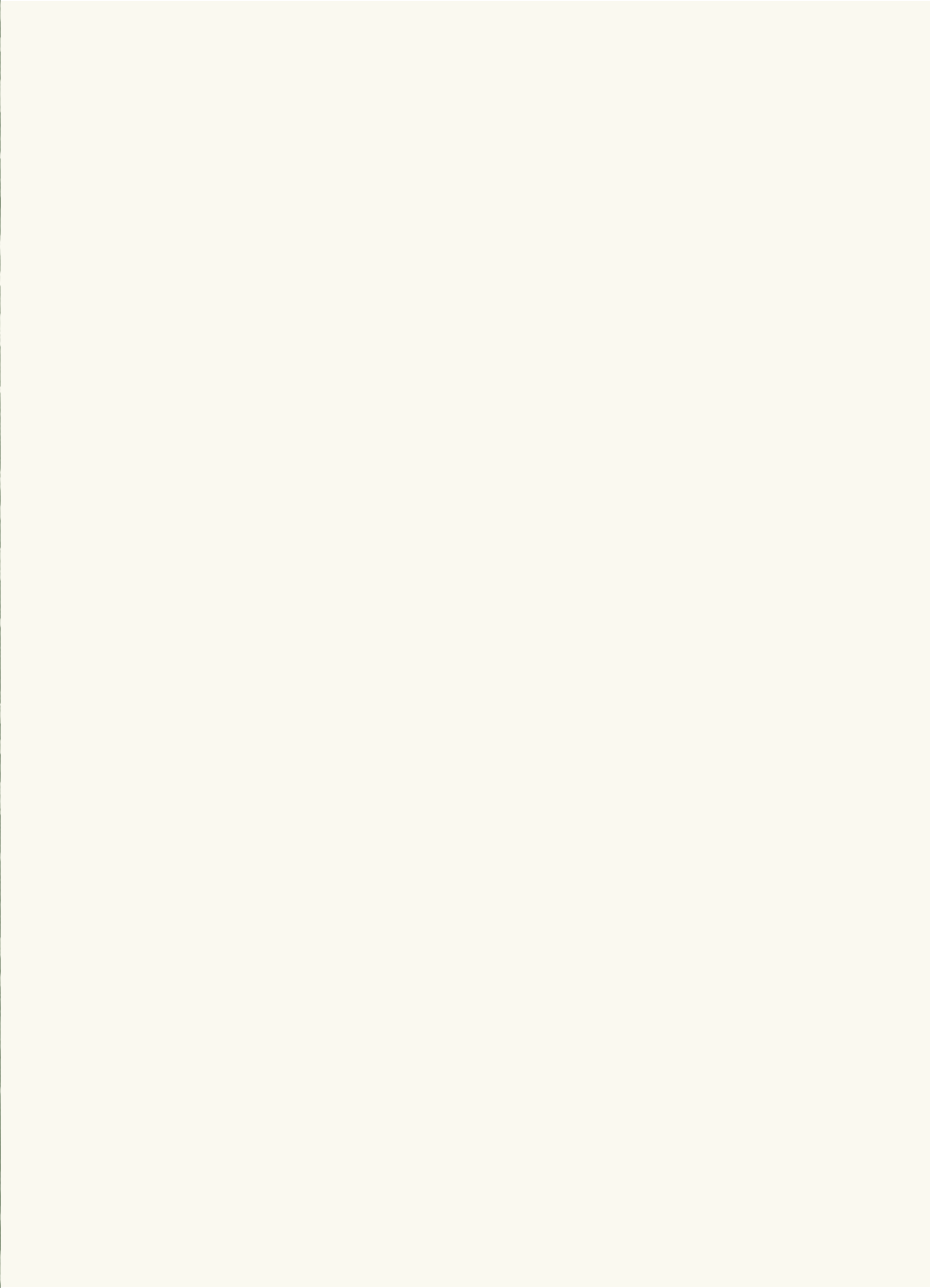


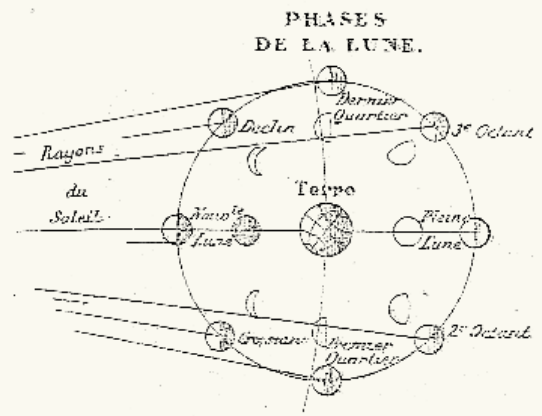
# DEJAME QUE TE CUENTE

Carlos Blasetti



# DEJAME QUE TE CUENTE

Carlos Blasetti



El 1° de junio de 1976 un grupo de tareas policial asesinó en la intersección de Brown y Alvear, a plena luz del día, a un chico de 19 años: se trataba de Carlos Alberto Blasetti, el hijo menor de una familia rosarina. Había sido presidente del Centro de Estudiantes de la Escuela Superior de Comercio y asistía, inmóvil y lleno de miedo, de cara a la pared y con las manos en alto, al final de una vida que recién había comenzado.

Cuando Dominga Vazzano se enteró que estaba embarazada, aquel día de 1956, supo que ese bebé que crecía en su vientre no le pertenecía del todo. Se acercó tanto al espejo que tuvo que barrer con su mano el vapor que su respiración había formado sobre él y, una vez que su rostro apareció reflejado nuevamente, se dijo:

—Soy demasiado grande para volver a ser madre.

Después, entre complacida y preocupada, agradeció a Dios la oportunidad de haberle, al menos, «prestado» esa vida a sus 36 años de edad.

El 20 de mayo del año siguiente nació Carlos Alberto Blasetti. Por esos enredos del destino, el parto ocurrió en el Hospital Militar Campo de Mayo de Buenos Aires. Aquel sitio se convertiría, años después, en la emblemática y sombría maternidad donde los militares llevarían a parir a las mujeres detenidas ilegalmente y les arrancarían los hijos de sus brazos para obsequiarlos como botín de

## FAMILIA BLASETTI



CARLITOS

guerra. Pero cuando Carlitos nació, aquel futuro siniestro no podía siquiera imaginarse.

Hubo, entonces, felicidad y bienvenidas ante la llegada del hijo varón.

En este mundo lo estaban esperando sus dos hermanas, Delia y Ester, de 9 y 10 años y un padre, de quien había heredado los dos nombres y el apellido, que trabajaba desde hacía 15 años en Gendarmería.

El papá de Carlitos lo recibió con los brazos abiertos y una renuncia en el bolsillo.

—Ese mismo año me retiré —dice Don Carlos.

Dominga pensó que se trataba de otro regalo del cielo. Había sufrido mucho esa vida errante por parajes desolados del norte y sur del país a los que el trabajo de su marido la había confinado y aunque llevaban tiempo viviendo en la ciudad de Buenos Aires, se contentó porque de una vez por

todas había llegado la hora de instalarse definitivamente en Rosario. Y, otra vez, agradeció a Dios por la oportunidad.

Las causas reales eran mucho más terrenales —y sucias— de lo que Dominga creía. El barro de la historia había salpicado a Carlos en el 55, cuando un grupo de militares bombardeó la Casa de Gobierno y derrocó al entonces presidente Perón. Carlos estaba adentro y salió corriendo, como todos.

Durante 15 días su familia no supo de él. Después vino la persecución y el tiempo en que cada semana le cambiaban el puesto de trabajo. Carlos era peronista, sí; pero más que un militante acérrimo, era un profesional de relojería, esos de legajo intachable que marchan al pie de la norma.

—Después de la «revolución» no quise saber más nada. Fue terrorífico —dice.

Se retiró con 33 años.



Nº 497



30 de la tarde salimos  
 las montañas. En la  
 compañía de legal,  
 (los dos de 35 años) como  
 mis de Star. del Estero  
 ga se tá haciendolo de a  
 some que la hinc  
 que uno quiere eson... Ahora te  
 pedí una a mi pibe. Quédate y  
 quedense todos tranquilos que estoy bien  
 Esto es muy lindo porque se aprende a  
 vivir en unidad, compartiendo todo.  
 Gracias chau.  
 Carlitos



Carlitos hijo se dedicó entonces a ser niño en Rosario. Jugaba al fútbol y cazaba ranas. Después, corría a su casa con el balde lleno y le exigía a su madre que se las cocinara. Dominga renegaba, pero no podía decirle que no. No podía, a él, ese niño tan dulce, tan cariñoso, tan lleno de barro, decirle que no. Las calles de Rosario fueron el escenario de sus aventuras y en la cortada Juan Vélez, al sur del barrio Echesortu donde vivían, Carlitos descubrió la luna:

—Vení, vení, mirá —le dijo una noche a su hermana Ester desde el umbral de la puerta de su casa donde estaba parado —Esta es la luna de Juan Vélez.

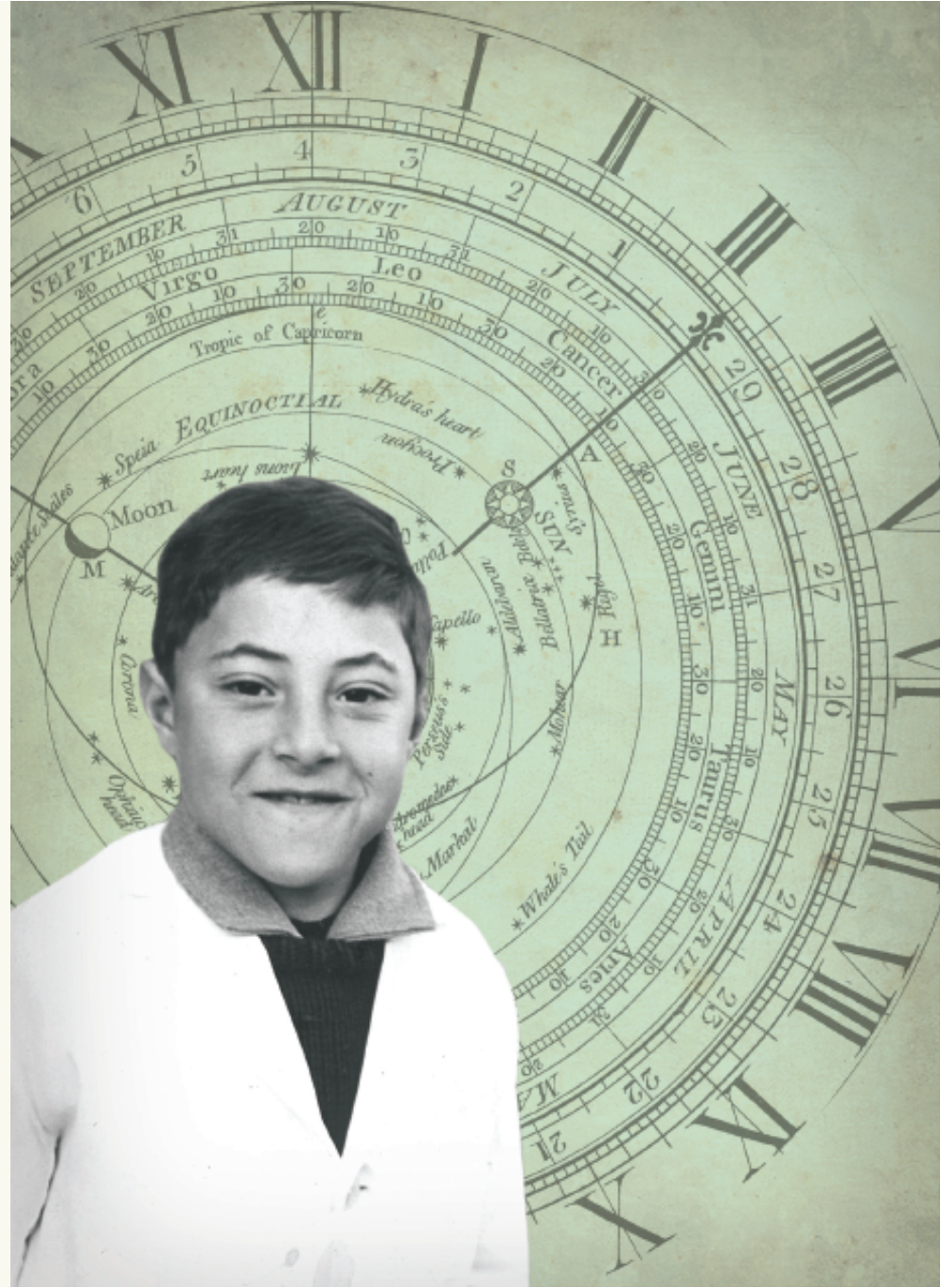
Una pelota amarilla gigante se recortaba, bajito, en el cielo oscuro y parecía apoyarse en el centro de la calle. Desde entonces, esa luna grande sería siempre la luna de Juan Vélez.

Las aulas de la Escuela Mitre lo recibieron en primer grado. Pero, al poco tiempo, la familia debió

mudarse y quisieron cambiarlo a la Pestalozzi, una de las escuelas públicas más distinguidas de la ciudad. Ingresar allí a mitad de año era impensable y más, proviniendo de una escuela de barrio pobre como era la Mitre.

—No lo querían. Me decían que no había lugar — recuerda su hermana Ester.

Pero ella insistió y ahí mismo le pidió a la vicedirectora que le tomase una prueba a su hermano. «Pruébalo. Y si no va, no va», le dijo. Carlitos abrió el libro de lectura y empezó a leer de corrido. Después, siguió por unos papeles que había arriba del escritorio, como para demostrar que no recordaba de memoria su libro. Y entonces, hicieron un lugar donde no había e ingresó a la Pestalozzi. Fue el orgullo de Ester: ella le había enseñado a leer.





Pasó el tiempo y Carlitos entró a la pubertad y a la secundaria. Siguiendo los pasos de su hermana Ester, en 1971 se anotó en la Escuela Superior de Comercio que era, también, una de las más prestigiosas de la ciudad. Dividía sus primeros días de secundaria entre el estudio, la familia –a la que era muy apegado–, la guitarra y las salidas con sus amigos. Tenía un cariño muy especial por su sobrino, el hijo de Ester, al que iba a visitar siempre que podía.

—Él era el tío Carlitos. Cuando llovía iba a casa a cuidarlo o me ayudaba con los mandados para que no me mojara. Era una persona muy solidaria –recuerda Ester.

En poco tiempo, Carlitos dejó de ser Carlitos en la escuela, empezó a militar activamente y se transformó en «La Carlota», su apodo de militancia. Las anécdotas de Perón que su padre contaba en las sobremesas, su propia preocupación por el otro y un clima de época que hacia efervescen-

cia en los pasillos de la Escuela, lo impulsaron a sumarse a la Unión de Estudiantes Secundarios y a convertirse en el presidente del Centro de Estudiantes. Los chicos tenían prohibido organizarse: el Centro fue, entonces, clandestino.

Su familia no recuerda cuándo comenzó a ser «La Carlota», pero es que todo era perfectamente natural: las salidas y los asados con amigos, las guitarradas, la alfabetización en las villas, los viajes.

No había, todavía, de qué preocuparse.

\*\*\*

*«¿Saben lo que es el viaje de Salta a Cafayate? Es bárbaro pero tragamos más tierra. Llegamos a Cafayate una escuadra de cien compañeros divididos en 2 campamentos de 50 y en pelotones de 6. Acá recién paré de escribir porque había una lagartija de unos 10 cm más o menos. Bueno sigo. Al otro día, o sea hoy, a mi pelotón nos tocó hacer el mate cocido. Bueno acá se está haciendo de noche y la birome no quiere escribir más. Ahora le pedí una a un pibe. Mami quedate y quédense todos tranquilos que estoy bien».*

Era 17 de enero de 1973 cuando Carlitos envió, a sus 15 años, esta carta desde el noroeste del país. Había viajado junto a sus compañeros a los encuentros de militancia que se realizaban en vacaciones y antes de partir, le había encargado a su hermana Ester que por favor no se olvidara de comprar *El descamisado* y de revisar si salía alguna noticia sobre ellos:

—Te cuento que ya compré dos y nada... espero que el próximo número traiga algo de ustedes –le escribió Ester aquel enero.

Los viajes continuaron cada verano. Carlitos compartía con su familia los detalles de los encuentros y las acciones de su militancia en la Escuela y en las villas de Rosario.

—Toda la secundaria fue lo más normal del mundo y yo no me daba cuenta lo que estaba pasando con mi hermano, ni con el país –recuerda Delia, su otra hermana.

Hasta que llegó 1975. Y entonces sí hubo de qué preocuparse.

Carlitos empezó a tener amonestaciones por cualquier razón y perdió la regularidad del cursado de quinto año. Citaron a Dominga a la escuela para explicarle la «situación comprometida» en la que estaba su hijo y le pidieron, concretamente, que lo obligara a abandonar su militancia. Ella pensó que no había nada malo en lo que su hijo hacía, pero la reunión la había dejado preocupada y decidió entonces cumplir los deseos de los directores. Lo intentó, pero no pudo.



—Nosotros sabíamos que su convencimiento era muy lógico, muy entendible –dice Delia.

Carlos también empezó a tener miedo y buscó reunirse con el padre de Pepo, un compañero de militancia de Carlitos. Una noche, los dos padres junto a sus hijos se encerraron en el comedor de la casa a charlar. Querían protegerlos, pero no sabían cómo. Entonces les pidieron que se alejaran de las actividades. Tampoco funcionó.

Como cualquier adolescente de clase media, Carlitos viajó a Bariloche en las vacaciones de invierno de quinto año. Desde allí les envió una postal a sus padres, un tanto desilusionado y enojado, por el clima que percibía «en la gente y en las confiterías»:

—Son máquinas que no piensan ni ven todo lo que tienen alrededor, todo lo que pasa.

Al día siguiente de escribir la postal, recibía en Bariloche una respuesta que esperaba con

BARILOCHE, RIO NEGRO  
1948 A LOS 14 AÑOS DE LA JUNTA MILITAR  
Querida hermana, Daniel y chicos.  
28-4-76  
Aunque no me fue a desportar haciendo ustedes muy loco y  
de mandarlos esta para contarles como lo estoy pasando. Es  
nos el sábado a las 11hs. Ahora, bueno, también con  
El Hotel es muy bueno, la comida y la atención también.  
El paisaje es hermoso, todavía no nevó pero por los cerros  
campos tienen nieve hasta un poco arriba.  
ningo fuimos a uno y nos empapamos  
tiñados con nieve. Hicimos un  
que nos sacamos fotos. Lo único que nos  
to me hace sentir muy mal y extraño es  
en toda la gente, en las confiterías. Son máquinas  
n con todo lo que tienen alrededor, lo que pasa  
Buena, hasta la vuelta. Caseros



ansiedad. Con los dedos todavía fríos de haber jugado con nieve, abrió el sobre y leyó la carta de su compañera Stella en la que le contaba que todo había salido bien, todo como lo habían esperado:

*«Una parte de la gente rompía vidrios, después de esto otro pelotón tiraba las molos, pero estos últimos se apuraron y antes de que los primeros terminaran de romper bien ellos ya habían tirado las molos. En síntesis, casi lo queman al Lento pero afortunadamente no pasó nada».*

Para ese entonces, recuerda Ester, el tío Carlitos ya les había enseñado a los sobrinos las consignas revolucionarias:

—¿Sabés lo que era ver a un chico de un año y medio, que apenas hablaba, gritar «¡Montoneros, carajo!»?

\*\*\*

Las palabras resuenan en esta historia como sentencias o profecías. Al terminar la escuela secundaria los compañeros del Superior de Comercio intercambiaron cartas con saludos y despedidas. Carlitos guardó esos mensajes como tesoros. Uno de ellos está firmado por Mónica. Quién sabe si Mónica camina ahora las calles de Rosario, si el día en que se enteró del asesinato de Carlitos recordó aquellas palabras de despedida que le había dedicado al terminar la escuela, si pensará hoy, a 37 años, en aquellos saludos que preanunciaban el final. Mónica no podía saberlo, pero tal vez lo sospechaba y entonces, con 17 años, se despidió:

*«Cómo voy a hacer cuando no te tenga más conmigo, no sé, voy a tener que acostumbrarme. Que la vida no te dé golpes muy duros es mi mayor anhelo, que me recuerdes es otro y que nos volvamos a ver, el último».*

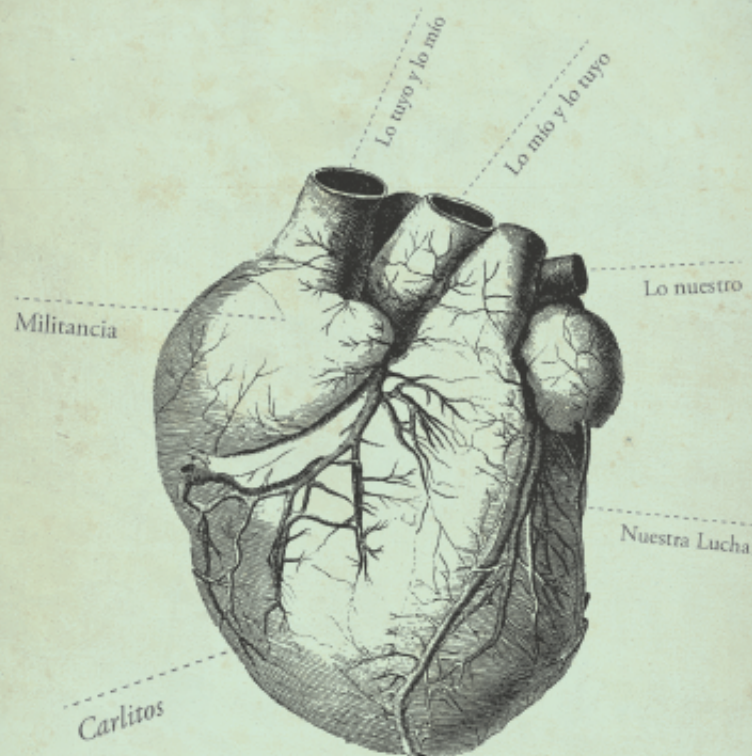


Terminó, como pudo, 1975 y la escuela secundaria. Carlitos se inscribió en la carrera de Ciencias Económicas, más por continuar con lo que ya conocía de la escuela que por una verdadera pasión por los números.

—Me parece que ya no pensaba en él, no pensaba en su futuro profesional ni individual —dice su hermana Delia.

Corría 1976 cuando empezó a trabajar en el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, un ámbito que tampoco era bien visto por los agentes militares. El 24 de marzo las Fuerzas Armadas dieron el golpe de Estado y tomaron el gobierno, y el 20 de mayo Carlitos cumplió años. Su novia, Diana, le escribía una carta en una hoja arrancada de una carpeta para celebrarle ya no los años, sino los días de vida, los «cumplédías»:

*«Aunque te parezcan palabras gastadas no puedo decirte plenamente lo que siento, no me sale, de tan grande que es todo esto (nuestra lucha, lo nuestro,*



*“y ahora le voy a dar a dormir  
pensando en mí”*

*lo tuyo y lo mío, lo mío y lo tuyo). Muchas cosas pasaron este año, mi amor, lindas y feas por supuesto (...) el dolor y la bronca de los compañeros caídos, los enojos a la hora de comer, pero qué lindo y qué feo y cuánto nos sirve todo esto. Y cuántas demás experiencias vamos a vivir juntos».*

A los pocos días, una patota visitó la casa de los Blasetti por la noche. Don Carlos se despertó sobresaltado por los golpes que le daban a su puerta, tan intensos que pensó que iban a derribarla. Se levantó, preocupado y de mal humor, y le abrió la puerta a la policía en pijamas y chancletas.

—Buscamos a su hijo –le dijo uno.

Carlitos no había regresado. Su padre no recuerda si estaba en casa de su hermana o si volvería más tarde a dormir. Hizo entrar a los policías para que vieran que su hijo no estaba en su habitación.

—¿Por qué lo buscan? –preguntó.

—Queremos hacerle unas preguntas.

No le dijeron mucho más. Sí que guardara silencio, que ni una palabra a nadie. Al acompañarlos a la puerta, Carlos vio policías en los techos y un auto estacionado en la esquina. El policía agregó:

—En el auto hay un compañero de usted.

Era Agustín Feced. El Jefe de Policía de la provincia y uno de los mayores genocidas que conocería este país, se había cruzado con Carlos en la Escuela de Gendarmería, cuando el genocida trabajaba junto a su cuñado en el taller mecánico de esa Fuerza. Carlos no puede creer, todavía, que ese «cualquiera» haya llegado a ser lo que fue y a hacer «todas las barbaridades que hizo». Él, un gendarme al que se le caían las lágrimas cada vez que sonaba el Himno Nacional, no podrá entender nunca cómo pasó lo que pasó.

Dejaron correr sólo unos pocos días. El 1° de junio Carlitos salió de su casa rumbo a la peluquería, después de haberle prometido a su padre que, por la noche, iba a hacerles un pescado a la parrilla.

En la esquina de Brown y Alvear una patota policial lo interceptó. Los vecinos cuentan que lo pusieron contra la pared y que estuvo un rato así, gritando y preguntando qué querían de él.

Lo acribillaron por la espalda. Le pusieron un revólver viejo en las manos y le inventaron una carta de despedida con una caligrafía muy alejada de la suya.

Carlos acababa de entrar a su casa con una boga en brazos cuando sonó el teléfono. Y entonces supo.

—Me dijeron que había muerto en un enfrentamiento —recuerda Carlos—. Después supimos la verdad porque una señora, vecina del lugar, le contó a mi hermano. Pero le pidió que nadie fuera a preguntarle nada porque no se quería involucrar.

Esa misma tarde Carlos corrió al Comando del Segundo Cuerpo de Ejército y de ahí a la Jefatura de Policía. Encontró a un conocido suyo y le dijo:

—Quiero hablar con Feced.

La persona levantó el teléfono y llamó a Feced.

Después, le transmitió que el Jefe de Policía no iba a recibirlo y le pidió que por favor se retirase porque lo estaba comprometiendo demasiado.

Pocas horas después, les devolvieron el cuerpo y pudieron velarlo en su casa. A la despedida final no fueron sus amigos ni los familiares más jóvenes, por miedo, pero sí Diana, su novia. La familia de Carlos quiso protegerla y le pidió que se fuera. Minutos después alguien se acercó a la puerta de la casa y preguntó por ella. Dos patrulleros vigilaron durante todo el velorio las esquinas de la cuadra. Al poco tiempo, la familia de Diana logró sacarla del país.

Carlos y Diana tenían 19 años.

\*\*\*

A los Blasetti les ocurrió lo que a muchos: los empezaron a mirar de reojo y les hicieron sentir el peso de la culpa. Algunos familiares les quitaron el saludo, otros vecinos empezaron a comentar en el barrio y, hasta ellos mismos, terminaron por creerse el cuento de que «por algo había sido».

—En ese momento teníamos el temor de que realmente hubiese hecho algo. Pero, si fue así, ¿por qué no se lo llevaron y lo juzgaron, si él levantó las manos ese día? —se pregunta Delia.

Los recuerdos de aquellos años vuelven insistentemente a esta familia teñidos de una bruma alucinada que hace difícil terminar de comprender por qué. Todo fue muy irreal, dirá Delia. Carlos se aferró a la idea de que, quizás, un compañero de su hijo había cometido algún delito como «poner una bomba o matar a alguien» y por ser amigo de Carlitos, lo había comprometido. Dominga, la mamá, se agarró de lo que pudo.

Aquella tarde de 1976, cuando se enteró del asesinato de su hijo, Dominga pensó que por alguna razón esta tragedia había llegado a su familia y no a otra, y recorrió entre llantos los 19 años de vida que había compartido junto a su hijo. Recordó el día en que supo que ese niño crecía en su vientre y comprobó, llena de angustia, que la premonición que había tenido años atrás resultaba tristemente verdadera. Dios le había dado esa vida por una causa y se la quitaba por alguna otra razón. Es que a este hijo, Dominga lo había tenido prestado.





## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Julia Comba

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe

**Coordinación General**

Viviana Nardoni



museo de la  
memoria





